

# ¿quiénes son hoy los pobres?

Esos que vemos que son pobres ¿son bienaventurados?

Si no lo son ¿quiénes son entonces “los pobres” del Evangelio?

Esos pobres bienaventurados creo que son la gente que está desprendida efectivamente, es decir, gente que no tiene “cosas” o tiene pocas; y si las poseía o tiene posibilidad de poseerlas, las deja, porque le estorban precisamente para ser feliz.

Llamo “cosas” en primer lugar a las materiales: el dinero, lo que él hace posible y lo que de él se deriva. Las preocupaciones que todo eso lleva consigo...: “No andéis preocupados por todas esas cosas. Cada día tiene bastante con su inquietud, el mañana se preocupará de sí mismo. Buscad el Reino y su justicia y las demás cosas se os darán por añadidura” (Lc. 6,25 ss.). Y la mejor manera de no andar preocupado es “ocuparse” lo menos posible, tener entre manos las menos “cosas” posibles, porque si no, irremediablemente se ata uno y se enreda, y por eso creo dice el Señor que es tan difícil que un rico entre en el Reino de los Cielos (más difícil que a un camello entrar por el ojo de una aguja), porque aunque uno no quiera donde está su tesoro allí está su corazón, y si el tesoro es de los que el orín y la polilla lo roen, entre el orín y la polilla andará siempre el corazón.

Con mucha frecuencia el dinero engendra una verdadera esclavitud por querer mantenerlo y aumentarlo; mantener y aumentar la posición social, poseer, consumir... A la vista está que esto produce en mucha gente infelicidad, amargura, insatisfacción...

Y luego, eso del Reino, eso de que el Reino es de los pobres...

El Reino de Dios es algo en lo que caminamos con la esperanza de alcanzarlo algún día plenamente. Ese Misterio de Cristo que es un misterio de relación y comunicación, un misterio de integración y “recapitulación” de todas las cosas en Jesucristo, el Primogénito de la creación, el Primogénito entre muchos hermanos. El que ha derrumbado el muro de la separación entre los hombres. El que atrae todo a sí reuniéndonos en un solo cuerpo a los hombres y al Universo en El, en su Cuerpo (cf. Ef 1,9 ss.; 2,14 ss.; Col 1,15 ss.; Rom 8,29; Jn 12,32).

Ya caminamos en este misterio (no sólo “hacia” sino “en”), ya lo vamos descubriendo, ya se va manifestando a nosotros y lo vamos realizando, en la medida en que ese Hombre Nuevo que es Jesucristo se nos va desvelando y nos va asimilando a El.

Y ese Hombre Nuevo, ese Hijo del Hombre resulta que se nos manifiesta como el que no tiene dónde reclinar la cabeza (Lc 9,58),

como el que nos envía sin dinero y ligeros de equipaje (Lc 9,3; 10,1 ss.), como el que muere desnudo y sin nada, como el que no habla tanto de "poseer" sino de "desposeerse", de "vaciar", de "dejar" (cf. Lc 9,23-24; 12,13 ss.; 14,33; Filp 2,6 ss.; Mt 5,38-41).

¿Felices los pobres, porque podrán seguir a este Hijo del Hombre y caminar con él en su misterio? "Suyo es el Reino de los Cielos", ya constituyen ese Reino... ¡Felices...!

Ese joven bueno que desea conseguir la vida eterna (Mt 19, 16-22) no se decide a dejar sus bienes (porque tiene mucho; posiblemente si hubiera tenido menos se hubiera decidido antes) y dice el evangelio que "se marchó apenado". Se quedó con las riquezas, pero sin alegría. Los primeros cristianos sin embargo (Act 2,42-46; 4,32-35) vendían sus posesiones y las repartían; todo lo tenían en común, y dice el libro de los Hechos que vivían llenos de alegría...

Mi experiencia personal es que se es más feliz (sin sobrenaturalismo, sino simple y humanamente más feliz), cuando se tienen menos "cosas" y menos preocupación por esas cosas.

Mi experiencia personal es haber descubierto gente que no tiene nada, que vive al día, y tiene una alegría de vivir y una facilidad de relación verdaderamente admirables. He visto también cómo Dios se les ha mostrado y ha transformado el sentido de sus vidas.

Pero aquí surge un problema. Hay mucha gente que es pobre y no es feliz; porque viven agobiados en la lucha por conseguir el pan de cada día; porque se sienten víctimas —y lo son— de una situación injusta y pagan en su carne, amargamente, esa injusticia.

¿Esos no son los "pobres" de los que habla el Evangelio, esos de cuya felicidad habla el Señor...?

No pueden serlo. Si no son felices no pueden ser los pobres bienaventurados.

Pero ¿no será que aunque ahora pasen hambre y lloren y sufran, después —en la otra vida— van a ser consolados y saciados y deben sentirse felices ante esa perspectiva de futura liberación...?

La verdad es que se hace difícil esta interpretación.

Aunque pienso que podría traducirse: "Alegraos vosotros los pobres que os traigo la Buena Nueva de la salvación... (el Evangelio se anuncia a los pobres). No os amarguéis ya durante mucho tiempo, porque el clamor de vuestra opresión está subiendo a mí (Ex 2, 23) y mi paciencia está llegando a su límite. No lloraréis ya durante mucho tiempo, porque yo voy a intervenir cuando menos se lo esperen los insensatos que comen, beben, compran y construyen mientras las aguas van colmándose... (Lc 17,26 ss.)".

Pero, Señor, —se pregunta uno— y mientras tanto ¿qué? ¿toda esa gente que se va muriendo después de haber vivido muertos ya de hambre, de miseria y de amargura? ¿Es la muerte la única liberación que les ofreces?

¿Será que hay que interpretarlo: "Alegraos, que vais a experimentar lo que es ser salvado exclusivamente por Dios, sin mano de hombre, sin el poder de las cosas? ¿Que porque estáis pasando por la muerte vais a experimentar lo que es ser resucitados...?". Jesús llamaría entonces bienaventurados a aquéllos que por haber llegado a una situación desesperada, están en mejor disposición de acogida a la acción salvadora que les viene de fuera... Pero también se nos hace extraño reducir la

aceptación del Reino de Dios a las situaciones límite. Creemos que el Reino llama al hombre en su existencia integral.

De lo que no hay duda es de que Dios tiene una predilección especial por los pobres. Así se manifiesta en el Antiguo y Nuevo Testamento. ¿Será que como ellos necesitan salvación, así El podrá mostrarse "Salvador"? En ese caso el pobre debería ser feliz no sólo porque va a dejar de ser pobre sino porque con su pobreza va a ser ocasión de que se muestre la fuerza liberadora de Dios... Pero se hace difícil aceptar esta instrumentalización de la desgracia ajena... Vuelvo entonces a lo que dije antes: Es duro creer que Jesús se refiere a esos pobres...

Uno acaba por ponerse en oración y a la escucha: Señor ¿qué misterio hay en todo esto? (Siempre que digo "misterio" me refiero a una hondura que se deja intuir aunque todavía no muestra plenamente su riqueza). ¿Qué misterio hay en esto de la pobreza, de los pobres, de tu preferencia por ellos...? ¿Por qué dices tú Bienaventurados los que tienen hambre, los que lloran, los perseguidos, los pobres...? ¿Quiénes son esos bienaventurados?

...Y después de calentarse mucho la cabeza con razonamientos, uno acaba por entregarse y aceptar la locura —la necedad— de la Cruz (1 Cor 1.18 ss.), el misterio del mal y del pecado existentes y vivientes en plena historia de salvación. El misterio del hombre y el misterio de Dios, en una palabra.

Jesús se hizo pobre, se vació, se hizo maldición del pecado (Gál 3,

13) (1). No se aferró a su riqueza y se quedó sin nada. Acabó desgraciadamente, más pobre que nunca y abandonado por todos. Y por eso, Dios lo levantó y le dio el Nombre sobre todo nombre.

Por eso... Qué difícil de tragar es esto y más en nuestro tiempo. ¿Cómo va uno a vivir tranquilo ante la miseria y la injusticia y a decir encima que producen bienaventuranzas?... Y es que yo creo que no se puede vivir tranquilo. La primera actitud que pienso se debe tomar por aquéllos que buscan el misterio de esta Bienaventuranza, es encarnarse en pleno misterio. Compartir la vida de los pobres, de los pobres materiales, y desde ahí la vida irá hablando y el misterio actuando, descubriéndose y empujando. Desde ahí, inmersos en el núcleo doliente del pecado del mundo, ir abriéndose al don que se descubre a aquéllos que le prestan acogida.

Y pienso ahora —después de todo esto— que los que sin quererlo ni buscarlo se han visto inmersos y víctimas en ese corazón doliente del mundo, esos son —sí— bienaventurados porque llevan en su carne al hombre y al mundo. Un mundo y un hombre que de hecho son así: sufrientes (2). Ellos —nosotros, quisiera poder decir— los que viven desde dentro, no los que se salen del Pueblo y siguen prosperando solos dejando atrás a los demás. Estos segundos tienen el peligro hasta de dejar de ser hombres, pues el hombre, aunque no sabemos del todo lo que es y lo que puede llegar a ser, sí sabemos e intuimos que es un misterio de unidad y solidaridad.

(1) Cfr. H. U. VON BALTHASAR, *Paso al pecado*, en: *Mist. Salut.* III/II, págs. 204-207.

(2) Véase H. U. VON BALTHASAR, *La kenosis y la nueva imagen de Dios*, en: *Mist. Salut.* III/II, págs. 162-163.